

*Periodismo y poder. Políticos, periodistas y ciudadanos voluntariamente desinformados*

María Pilar Diezhandino

Pearson educación

Madrid, 2007, 282 págs.

Que el periodismo está en crisis es una verdad inapelable —obvia, diría—, como lo es la estrecha vinculación del periodismo con el poder en sus diversas apariencias, singularmente la política. Pero de la crisis se puede hablar en el nivel del eslogan y del tópico o en el de sus causas. Y sobre la relación entre el periodismo y el poder, se puede repetir acriticamente lo conocido —recuérdese la vieja metáfora del «cuarto poder»— o preguntarse hasta qué punto esa simbiosis entre poder (político) e influencia (mediática) responde al efectivo peso real del periodismo en la vida de las sociedades. Pues bien, en la primera de las dos partes de su nuevo libro, Pilar Diezhandino, sin dejar de describir con acierto y tino la realidad del periodismo actual, supera el simplismo, contextualiza y relativiza su peso —paradójicamente por el desbordamiento de información— en la sociedad contemporánea y subraya los riesgos de una renovación tecnológica que, sin el adecuado contrapeso intelectual y una profesionalidad contrastada, podría desfigurar buena parte del periodismo, nunca acabar con él, ya que el periodismo y la democracia son inseparables. Esa primera parte sirve de contexto a un estudio sobre cómo, en qué medios y en qué condiciones se informan los profesores e investigadores, el personal de administración y servicios y los alumnos de la Universidad Carlos III de Madrid. Los resultados de la encuesta se completan con dos apéndices, en los que se da voz a periodistas experimentados —espigando lo relevante de las entrevistas personales que les hicieron durante la investigación— y a al público —extrayendo las afirmaciones más pertinentes de las que hicieron los participantes en los grupos de discusión que se organizaron como parte del estudio—.

Dada la perspectiva crítica del libro —imprescindible paso para afrontar cualquier crisis—, Diezhandino subraya las carencias y desfondamientos de la profesión: la mercantilización de los contenidos, la cultura de la polémica, la ausencia de verificación y análisis, la relajación en el uso de las fuentes —y el peso desproporcionado de las institucionales—, el exceso de protagonismo de los periodistas, las presiones, el exceso de información que no se digiere, el abuso de los sondeos (que desvirtúa el periodismo de precisión) y el engaño que supone llamar periodismo ciudadano al que confunde el testimonio personal, la aportación espontánea y la colaboración de los ciudadanos (p. 158) con el trabajo periodístico. Se advierte el desencanto de la autora por el escaso eco —oportunidad perdida, la llama— que tuvo el Periodismo cívico, un verdadero periodismo ciudadano, en el sentido de animaba a pensar «en el ciudadano, (y) para el ciudadano» (p.155).

Antes de describir el periodismo de nuestros días y para que se le dé la relevancia que le corresponde, Diezhandino recorre las distintas teorías de la comunicación que han abordado el periodismo y su relación con el poder. Así, de la mano, entre otros, de autores como Lippmann, Lazarsfeld, Hovland, Katz, Lipovetsky, Habermas o Noelle-Neumann, comparecen en el escenario la teoría de la aguja

hipodérmica, la teoría de los usos y gratificaciones, la agenda setting, la espiral del silencio, etc. Pero su aparición no es efectista —por el prurito de demostrar conocimientos—, sino procedente en la medida en que las pasa por el filtro de una crítica que muestra la necesidad de renovar el marco teórico para que, sin los remiendos de viejas teorías, responda a las nuevas realidades.

Al hilo de las diversas reflexiones e investigaciones teóricas sobre el periodismo, la autora subraya la influencia matizada de los medios en la sociedad: desde luego, no son irrelevantes; pero tampoco todopoderosos. «Los medios —escribe— más bien reproducen y activan los mecanismos internos por los que se cambian los registros de los valores sociales» (p. 51), no son los que crean una «nueva cultura democrática, política, social, quizá moral». Los movimientos sociales y las corrientes cívicas se han originado siempre al margen del poder mediático: brotan de la sociedad civil, posteriormente se acogen en los medios —alcanzan notoriedad— y, en algunos casos, acaban siendo dominantes.

El abordaje teórico se despliega en estrecha conexión con la actualidad periodística nacional e internacional, que da encarnadura a las teorías y las descripciones generales. Al hilo de los efectos y los distintos rasgos del periodismo, se analizan las coberturas de acontecimientos de envergadura —guerra de Irak, los atentados del 11-S y el 11-M o el hundimiento del Prestige— que ilustran las distintas tesis. Esas referencias a la actualidad, además de respaldar las afirmaciones, facilitan la lectura, pues se advierte el empeño de Diezhandino por dar atractivo al texto, incluso en el detalle —que se agradece— de asignar a los títulos de los epígrafes el tono de los sumarios-ladillos periodísticos.

Dar a los medios de comunicación su justa y proporcionada relevancia permite repartir las responsabilidades de la marcha de la sociedad entre los distintos protagonistas, también las personas «voluntariamente desinformadas», ese «alto porcentaje de ciudadanos que dan la espalda a la prensa, a la información, al esfuerzo que es preciso hacer cuando se responde a esa necesidad de estar bien informados» (p. 186). En este sentido, la autora hace un llamamiento a la implicación de los receptores: «Por más que el emisor vulgarice, simplifique, facilite, espectacularice los contenidos para alentar al uso de los medios, para facilitar la pronta comprensión del relato informativo, será siempre y sólo el destinatario el que decida qué hacer con ellos» (p. 186). Pero, antes, el ciudadano merece —y la autora reclama— un periodismo hecho con profesionalidad, que no orille las reglas y procedimientos que lo han alentado hasta ahora. En definitiva —y cito a Randall—, un «periodismo inteligente y basado en los hechos, honesto en sus intenciones y en sus efectos, al servicio de una verdad discernible y de ninguna otra causa, y escrito con claridad para ponerlo al alcance de todo lector».

Fernando López Pan  
Universidad de Navarra